
Capítulo II

LA ECONOMÍA MUNDIAL: DESEMPEÑO Y PERSPECTIVAS

A. Introducción

En contraste con la turbulencia del año anterior, 1999 se caracterizó por una estabilización de las condiciones económicas globales y una reanimación de la producción y el comercio mundiales. Las grandes perturbaciones previstas por tanta gente, e incluso la amenaza de una recesión general, causadas por el “efecto 2000”, resultaron ser en realidad algo inexistente. Aunque el riesgo en sí mismo pudo haberse exagerado, la ausencia de grandes contratiempos se debió quizá a los enormes desembolsos de las empresas para hacer frente al problema. Aunque no hay cifras fidedignas, las cantidades más citadas sobre ese gasto en tecnología de la información (TI) en todo el mundo oscilan entre 300.000 y 600.000 millones de dólares¹, que suponen alrededor del 1 al 2% del PIB mundial. Tal cosa parece haber proporcionado un importante impulso a la economía por doquier, brindando un estímulo adicional a los Estados Unidos y ayudando a la recuperación del Asia oriental.

El crecimiento del PIB mundial se reanimó de manera apreciable en 1999, para cifrarse en 2,7%, después de haberse visto frenado a 1,8% en 1998 desde el 3,4% de 1997 (cuadro 2.1). Especial interés reviste el cambio de recesión a crecimiento en el Japón y las economías en transición, así como la recuperación de los países en desarrollo. El principal factor que explica el progreso en general más rápido de estos últimos fue una acusada mejoría en el Asia oriental, que compensó con creces la pequeña desaceleración de África y la más severa de América Latina. En consecuencia, el crecimiento del conjunto de los países en desarrollo fue una vez más superior al de los países desarrollados, por segunda vez desde 1988.

En 1999, la producción siguió aumentando en los Estados Unidos a un ritmo superior al 4%. Su demanda sostenida de importaciones fue el principal impulso de la economía mundial y particularmente de la de Asia y Europa. Después de la recesión de 1998, la economía japonesa se recuperó mucho en el primer semestre de 1999, aunque volvió a frenarse después. El crecimiento de la UE fue en 1999 apreciablemente inferior al de 1998, pero su evolución durante el año resultó positiva. A pesar de la mayor convergencia monetaria y financiera, las tasas de crecimiento siguieron divergiendo considerablemente entre sus miembros.

Las perspectivas apuntan a una desaceleración en los Estados Unidos, pero si tal cosa consistirá en una transición ordenada a tasas de crecimiento más moderadas y sostenibles o revestirá la forma de un “aterrizaje duro” sigue siendo una incógnita. En cuanto a la economía japonesa, se espera que se fortalezca, a menos que se produzca un endurecimiento prematuro de la política fiscal y monetaria o una apreciación grande del yen. En Europa es probable que su economía crezca a una tasa superior a la de 1999, a menos que se vea obstada por el alza de los tipos de interés de los Estados Unidos. Las perspectivas de las economías en desarrollo y en transición dependen mucho de lo que ocurra en el mundo industrial. Las previsiones coinciden en que el crecimiento de esas economías debería ser, por lo general, más vigoroso y mejor distribuido entre los países. No obstante, hay también el riesgo de una contracción doble: en el lado financiero, por causa del incremento del costo de los intereses de la financiación exterior y de un descenso de las entradas de capital; y, en el lado real de la economía, por causa de una disminución de los ingresos de exportación.

Cuadro 2.1

PRODUCCIÓN MUNDIAL, 1990–1999
(Variación porcentual respecto del año anterior)

Región/país	1990–1995	1996	1997	1998	1999 ^a
Mundo	2,1	3,5	3,4	1,8	2,7
Economías industrializadas	1,8	3,1	2,9	2,0	2,5
<i>de las cuales:</i>					
Estados Unidos	2,5	3,6	4,2	4,3	4,2
Japón	1,4	5,0	1,6	-2,5	0,3
Unión Europea	1,6	1,6	2,5	2,7	2,3
<i>de la cual:</i>					
Alemania	2,0	0,8	1,5	2,2	1,5
Francia	1,1	1,1	2,0	3,4	2,7
Italia	1,3	1,1	1,8	1,5	1,4
Reino Unido	1,6	2,6	3,5	2,2	2,0
Economías en transición	-6,9	-0,1	2,2	-0,6	2,4
Economías en desarrollo	4,9	5,7	5,5	1,3	3,4
<i>de las cuales:</i>					
África	1,3	5,2	3,0	3,0	2,7
América Latina	3,6	3,6	5,3	1,9	0,1
Asia	6,1	6,8	5,9	0,9	5,1
<i>de la cual:</i>					
China	12,0	9,6	8,8	7,8	7,1
Otras economías	4,9	6,1	5,1	-1,0	4,4
Pro memoria:					
Economías en desarrollo, excluida China	4,1	5,1	5,0	0,3	2,8

Fuente: Cálculos de la secretaría de la UNCTAD, basados en datos en dólares de 1995.

^a Estimación.

B. Países desarrollados

1. Estados Unidos

La economía estadounidense siguió desafiando las previsiones de analistas y teóricos de la economía en 1999. Los pronósticos coincidían en que el crecimiento bajaría a cerca del 2,5%, lo que se consideraba en general como la mayor tasa duradera compatible con la estabilidad de los precios. Si bien el crecimiento del 2,8% en la primera mitad del año parecía sugerir que las previsiones acertarían correctas, la rápida aceleración de la segunda mitad, con una tasa anualizada del 6,5%, muy influida por las inversiones de las empresas de TI y por las grandes inyecciones de liquidez por parte de la Reserva

Federal para proteger frente a las perturbaciones del efecto 2000 el sistema de pagos, produjo un tercer año consecutivo de crecimiento por encima del 4%, sin que el desempleo cada vez menor tuviera consecuencias apreciables sobre la inflación. A finales de año, la economía estaba creciendo a una tasa superior al 5% sin signos de desaceleración en el primer trimestre del año 2000, empujando al desempleo por debajo del 4% por vez primera desde el decenio de 1950.

La aceleración de la economía en el segundo semestre de 1999 condujo a la Reserva Federal a invertir su política de reducir los tipos de interés que había empleado para combatir la crisis de liquidez mundial en el otoño de 1998, y a reanudar

en agosto el proceso de endurecimiento monetario “a pequeños pasos” que había iniciado en 1997. El tipo fijado como objetivo a los fondos federales se aumentó del 5 al 6%, con incrementos de 25 puntos básicos, antes de que se produjera una subida de 50 puntos básicos a 6,5%, en mayo de 2000. Además, la cancelación de las grandes inyecciones de liquidez encaminadas a protegerse contra el efecto 2000 ha intensificado todavía más las restricciones monetarias. Aunque el crecimiento de la productividad y de la fuerza de trabajo ha seguido estando por encima de las tendencias históricas, a la Reserva Federal le preocupa que la respuesta de la oferta al rápido incremento de la demanda sea insuficiente para prevenir la aparición de presiones inflacionarias. Asimismo, la recuperación en Europa, Asia oriental y América Latina se suma a la presión sobre los precios mundiales, reflejada muy claramente en la subida del petróleo.

La expansión de los Estados Unidos, ahora la más dilatada de la historia de la posguerra, es un caso de manual de un impulso producido por un gasto privado lo suficientemente elevado para redundar en un desempleo cada vez menor y en un creciente superávit fiscal en condiciones de estabilidad de precios. No obstante, hay bastantes aspectos que sugieren que el crecimiento a las tasas actuales es insostenible y acabará viéndose reducido, ya sea directamente por medio de la política monetaria o como reacción de los mercados a los crecientes desequilibrios financieros y comerciales de la economía.

El papel de los Estados Unidos como “comprador mundial en última instancia” después de la crisis del Asia oriental ha elevado su déficit por cuenta corriente desde menos del 2% del PIB en 1997 a casi 4% en 1999. En 1998, los ingresos producidos por los activos externos netos se volvieron negativos y esa cifra negativa se duplicó con creces en 1999, sumándose a los déficit comerciales en aumento. El deterioro de la balanza exterior se ve agravado por la fortaleza del dólar, que ha servido para reducir el valor en esa moneda de los ingresos en divisas (ya que más del 50% de los activos de los Estados Unidos se hallan en Europa y el euro se depreció alrededor del 20% frente al dólar en 1999), y por los diferenciales de rentabilidad a favor de los activos en dólares. Con independencia de la financiación de su déficit comercial, los Estados Unidos tienen ahora que endeudarse todos los años para atender al servicio de sus obligaciones netas con el extranjero.

El gasto privado, que se había financiado en buena parte con fondos generados internamente a

comienzos de la recuperación, ahora se basa en endeudamiento tanto de los hogares como de las empresas. La proporción del ahorro del sector privado ha alcanzado mínimos históricos y la de los hogares ha sido negativa algunos meses. Esto también sugiere que parte del endeudamiento del sector privado se hace para pagar intereses.

Por último, como en lo pasado, la expansión sostenida ha ido acompañada de unos mercados de activos boyantes que crean un ambiente fértil para los excesos financieros. El último auge estadounidense, en el decenio de 1980, produjo la burbuja de los precios de los bienes raíces por causa de los excesivos préstamos de las cooperativas de ahorro y crédito hipotecario que condujeron a un colapso de ese sector², y muchos argumentan que el reciente aumento de los precios de acciones y obligaciones ha sido demasiado rápido y constituye una burbuja basada en expectativas que se van cumpliendo por sí solas, más bien que en unas perspectivas sólidas de beneficios. Presenta así riesgos similares a los de un desplome dramático. La rentabilidad de los inversionistas en los mercados bursátiles se ha visto impulsada por las rápidas mejoras de las cotizaciones después de las ofertas públicas iniciales (OPI) de compañías que utilizan la nueva tecnología de información y comunicaciones (TCI), pero que a menudo no tienen un historial o expectativas de ganancias. Un analista ha descrito este proceso como algo equivalente a la recomendación de Keynes de una cura frente a la depresión basada en enterrar dinero en botellas y dejar a la gente que lo desentierre; las OPI relacionadas con Internet “son una muestra reciente y elegante de keynesianismo: se paga a unas personas para que establezcan unas compañías que nunca ganan dinero, pero que reparten mucho entre tanto a su alrededor”³. El éxito de esas emisiones nuevas ha surtido efectos beneficiosos sobre sectores tradicionales tales como automóviles, bienes raíces y servicios relacionados con las empresas. El hundimiento de esta fuente de financiación tendría así serias ramificaciones en toda la economía.

La capacidad de la economía estadounidense para perseverar en la expansión guarda claramente relación con sus posibilidades de mantener su endeudamiento y financiar así el déficit por cuenta corriente, su ahorro privado negativo, y la creación de empresas acudiendo al mercado de emisiones nuevas. Sin embargo, como es usual en períodos de expansión sostenida, los préstamos se dirigen cada vez más a proyectos cuyo éxito depende de que el auge dure. Esto provoca inestabilidad financiera y

tensiones cuando la expansión llega a su final inevitable.

La recuperación del Asia oriental y Europa sugiere que debería registrarse algún alivio en esta precaria forma de financiar la balanza por cuenta corriente. El dólar ha bajado desde sus máximos de finales de 1998, con lo que las exportaciones estadounidenses deberían beneficiarse tanto de una mayor demanda exterior como de un aumento de la competitividad. No obstante, las consiguientes mejoras de las exportaciones netas no ayudarán a la Reserva Federal a frenar el crecimiento de la demanda interna, aunque deberían reducir los riesgos de un declive acusado del dólar y de ventas de activos en dólares provocadas por el pánico, que conducirían a un hundimiento de los mercados de valores. Si bien los crecientes tipos de interés pueden también brindar un apoyo al dólar, es importante recordar que la última vez que la Reserva Federal aplicó una política de endurecimiento en 1994, tal cosa, más que fortalecer al dólar, lo debilitó.

Como el gasto privado está claramente vinculado con los préstamos, la economía estadounidense puede estar volviendo al modelo del decenio de 1960, cuando la política monetaria hizo que aumentara el costo del endeudamiento en el sector de la construcción y redujo rápidamente la obra nueva y el empleo. Ahora, los lazos entre política monetaria y actividad económica vienen dados sobre todo por empresas nuevas de TCI, que dependen mucho de una financiación ininterrumpida por parte de bancos o por el mercado bursátil. Así, el alza de los tipos de interés y su influencia restrictiva en el mercado de valores acabarán haciendo que el gasto de las empresas se reduzca. La cuestión es si el resultado será un declive pronunciado, conducente a una recesión, o si habrá un "aterrizaje blando", en el que la tasa de crecimiento se estabilizaría en torno al 3%.

Las primeras señales de que la economía podría estarse frenando empezaron a aparecer en la primavera del año 2000, cuando las ventas al por menor, las compras de bienes duraderos, las viviendas nuevas empezadas y las solicitudes de hipotecas nuevas disminuyeron todas ellas, y las indemnizaciones por desempleo aumentaron. La tasa de paro volvió a superar el 4% y las horas medias trabajadas disminuyeron. El consumo de los hogares creció menos que su ingreso, haciendo que se invirtiera el declive del coeficiente de ahorro. Como siempre, la reanudación por la Reserva Federal de las subidas de los tipos de interés ha incrementado la incertidumbre sobre los precios de los activos, y la volatilidad del mercado

bursátil ha aumentado mucho, con variaciones en los precios del índice Nasdaq, medidas por la desviación estándar respecto de las cotizaciones diarias, superiores al 5% en abril. El índice, que abarca a casi todas las nuevas compañías relacionadas con Internet y las tecnologías recientes, bajó cerca del 40% en tres meses, entre marzo y mayo de 2000, mientras que el índice industrial Dow-Jones permaneció prácticamente sin cambios en el mismo período, lo que parece indicar sustanciales minusvalías de capital para las familias y un pronunciado cambio de signo de la burbuja que estaba proporcionando buena parte de la financiación de empresas y hogares. Hasta ahora el dólar no se ha visto sometido a grandes presiones en ese período de cuantiosas pérdidas en el mercado de sectores que han suscitado el mayor interés de los inversores extranjeros.

2. *Japón*

El Japón ha estado luchando para emerger de la prolongada recesión en que se ha visto sumida su economía desde el colapso de la burbuja de los mercados de valores y de bienes inmuebles a comienzos del decenio anterior. En 1999 hubo expectativas de una recuperación duradera cuando el mercado bursátil japonés dio finalmente señales de una reanimación a finales de 1998, mejorando alrededor del 25% a lo largo de 1999. Tal cosa se vio acompañada de una recuperación del yen, cuyo tipo de cambio se apreció desde más de 140 por dólar en el verano de 1998 a alrededor de 100 a finales de 1999. Buena parte de la demanda de los valores japoneses corresponde a compradores extranjeros, representando los inversores estadounidenses el 60% de las compras exteriores totales por valor de unos 11 billones de yen en 1999, frente a 2 billones en 1998. También se registró un cambio acusado en otras formas de corrientes de capital, desde unas salidas netas a unas entradas netas. Esto se debió sobre todo a la desaparición de la prima del yen, que con anterioridad se había traducido en préstamos de los bancos matrices japoneses a sus filiales extranjeras y en el uso de permutas financieras por parte de los bancos foráneos que operan en el Japón. El reembolso de esos préstamos, la cancelación de las permutas y la repatriación de capital al cerrarse muchas de las filiales en el extranjero de bancos japoneses se combinaron para producir lo que ha de considerarse como un cambio de una sola vez en las corrientes de capital.

Las expectativas de recuperación no predominaron tanto en el propio Japón, y el gasto privado se mantuvo estancado mientras que el

crecimiento se veía impulsado por el gasto público y las exportaciones. Las tasas de crecimiento trimestral del PIB, que habían sido del orden del 3 al 5% en el primer semestre, parecían indicar una inflexión, pero un crecimiento negativo con tasas similares en el segundo semestre dejó el resultado de 1999 en un 0,3% total. La contribución de la inversión pública, que había representado alrededor de la mitad del crecimiento del PIB en la primera mitad del año, se volvió negativa en la segunda, al igual que la contribución del gasto privado.

Con una tasa anual del 10%, las cifras preliminares del incremento del PIB en el primer trimestre del 2000 muestran un comienzo de año aún más vigoroso que en 1999, acercando el crecimiento de todo el ejercicio fiscal al objetivo del gobierno del 0,6%. Se trata de la mayor subida trimestral desde los tres primeros meses de 1996. Entonces, los resultados no fueron duraderos, por lo que es menester alguna cautela al interpretar las cifras actuales, aunque los datos sobre producción industrial, que se considera proporcionan una indicación más precisa del estado de la economía, y los coeficientes de explotación de la industria manufacturera, apuntan a una tendencia similar. Si bien la inversión pública hizo una contribución negativa al crecimiento en el primer trimestre del año 2000, el consumo privado parece haber aumentado en casi el 5% y añadido todo un punto porcentual a la expansión trimestral del PIB, correspondiendo el resto a la inversión y a las exportaciones netas.

El que hasta ahora la demanda privada interna no se haya recuperado se debe sobre todo a un reajuste continuo de la inversión excesiva que se produjo durante los años de auge de finales del decenio de 1980, incluida la eliminación de capacidad y de mano de obra sobrantes. La tasa de desempleo ahora se aproxima al 5%, y los salarios reales apenas han subido, al disminuir a menudo los salarios nominales más que los precios al consumo. En respuesta a la mayor incertidumbre sobre sus ingresos futuros, los hogares han aumentado su tasa de ahorro. Según un estudio del Banco del Japón, "en los últimos años, el riesgo del ingreso está funcionando como un factor para aumentar la proporción del ahorro, especialmente en los hogares de rentas bajas y medianas"⁴. También se señala que éstos son precisamente los grupos que han sufrido el mayor aumento de desempleo. Así, es poco probable que el consumo privado haga una contribución independiente a la recuperación cíclica hasta que se complete el proceso de reestructuración de la economía japonesa. Esto puede llevar todavía algún tiempo,

ya que los estudios sugieren que las empresas japonesas todavía consideran que tienen un exceso de capacidad y de mano de obra.

Con un gasto de los hogares errático, unas tasas de ahorro crecientes, un exceso de capacidad y unos precios que bajan, poco hay que fomente la inversión privada, excepto la necesidad de reestructurar y la respuesta a la recuperación del Asia oriental. Cifras recientes muestran que la inversión de capital en la industria aumentó 3,3% en los tres primeros meses del año 2000 sobre una base anual, por vez primera en nueve trimestres. Al mismo tiempo, los beneficios antes de impuestos de las firmas manufactureras subieron por quinto trimestre consecutivo, con un incremento de más del 40% en ese mismo período, lo que parece indicar que se está produciendo una cierta reestructuración. Los préstamos de los bancos comerciales nacionales también dejaron de disminuir en el primer trimestre, lo que sugiere que los programas públicos para reajustar el sistema bancario están empezando a dar fruto.

El Japón ha sido un gran beneficiario de la recuperación del Asia oriental gracias sobre todo a la mucha presencia de productores japoneses en la región. Así, después de disminuir mucho en 1998, las exportaciones japonesas aumentaron rápidamente en 1999 a pesar de la apreciación del yen, con un incremento del 30% en las exportaciones a la República de Corea. Los bienes de capital y las piezas de repuesto representaron buena parte de ese incremento, ya que las instalaciones de montaje en manos japonesas han impulsado las importaciones procedentes del Japón para aumentar la producción en respuesta a una fuerte demanda de productos de TCI en los Estados Unidos, Europa y el propio Japón, así como en los mercados nacionales de los países de que se trata. Como en lo pasado, la apreciación del yen ha creado unas condiciones para operar de manera más rentable fuera del Japón, pero esta vez las empresas japonesas han respondido incrementando la producción de sus filiales en el Asia oriental, más bien que reubicando la producción mediante inversiones nuevas en la región. De esta suerte, la situación no parece ser similar a la del período anterior de yen alto y "vaciamiento" de la industria japonesa. Las corrientes de IED desde el Japón muestran una disminución de las que se dirigen a Indonesia, Malasia y Tailandia desde los niveles ya muy reducidos de 1998, y sólo los flujos a la República de Corea han aumentado.

La expansión del primer trimestre del año 2000 parece ser más equilibrada que la de 1999 y se reparte por igual entre gasto privado interno y

exportaciones. El gasto público ya no es el principal determinante. A pesar de la experiencia de expansiones rápidas seguidas de un retroceso en varias ocasiones anteriores⁵, cabe concluir que ha pasado el riesgo de una recesión continuada. No obstante, subsiste un cierto número de riesgos. Como consecuencia de los programas de gasto público que han estado apoyando a la economía, los déficit fiscales ahora suponen el 10% del PIB y la deuda pública el 105%. Un intento demasiado apresurado de acabar con los déficit públicos podría frenar la recuperación, como ya ocurrió con anterioridad cuando se restableció el impuesto al consumo en 1997 o se cancelaron de manera repentina los programas de gasto. La lección de los Estados Unidos puede resultar aquí instructiva. En ese país, la disminución de los déficit fiscales se hizo en el contexto de un crecimiento económico rápido que ayudó a elevar las tendencias de la productividad. En el Japón, el crecimiento del 2% que se baraja es insuficiente para permitir que la acción fiscal reduzca el déficit más de lo que ya está implícito en la disminución de los programas de gasto público.

El banco central ha estado aplicando una política de tipos de intervención prácticamente nulos, si bien los tipos de interés reales siguen siendo positivos por causa de la caída de los precios. La posición oficial es que la política de tipo cero continuará en tanto en cuanto persistan las presiones deflacionarias. Esa política ha hecho que se reduzcan los tipos de interés a largo plazo a niveles relativamente bajos en comparación con los anteriores. Muchos valores de larga duración han sido adquiridos por los bancos, con la esperanza de beneficiarse del diferencial de rendimiento entre los tipos a corto y largo. Si los tipos a largo plazo aumentaran sustancialmente de resultados de un endurecimiento por parte del banco central antes de que la recuperación se haya dejado sentir totalmente, se registrarían cuantiosas pérdidas en las carteras de bonos de los bancos, lo que restringiría su capacidad de facilitar la financiación interna necesaria para respaldar la reactivación. Indicaciones recientes del banco central de que la actual política económica no se aplicará indefinidamente pueden constituir un aviso a las instituciones financieras para que procedan ahora a la necesaria reestructuración, más bien que un anuncio de que se actuará de otra manera, ya que la recuperación todavía no se ha traducido en una subida de los precios y parece que no existe prácticamente riesgo de recalentamiento o de inflación.

3. Unión Europea

Los analistas, en sus previsiones, se han visto sorprendidos no sólo por el continuo y fuerte crecimiento de la economía estadounidense en 1999, sino también por el hecho de que Europa no haya logrado una vigorosa reactivación que muchos esperaban le permitiera sustituir a los Estados Unidos en su papel de motor principal de la expansión mundial. En realidad, tal como se anticipó en el TDR del último año, Europa tuvo dificultades en 1999 para conseguir un crecimiento superior al 2% y no pudo ni siquiera mantener la tasa de 1998. La recuperación total del marasmo que empezó a principios del decenio de 1990 tiene así que lograrse todavía. Europa ahora parece caracterizarse no tanto por una relación cíclica asincrónica con los Estados Unidos como por tener una tasa de crecimiento potencial estable que diverge cada vez más de la de aquel país. Si bien, en general, se espera que con las tendencias actuales el crecimiento llegue al 3% en el año 2000, varios hechos posibles pueden conducir a un debilitamiento en el segundo semestre del año, como unos tipos de interés más altos, una recuperación parcial del euro y una desaceleración en los Estados Unidos y el Asia oriental.

Si bien el proceso de integración continúa produciendo una convergencia monetaria y financiera en "eurolandia", la divergencia del crecimiento entre los países miembros no parece aminorarse. Las diferencias en ese particular entre los miembros mayores y menores de la Unión Monetaria Europea (UME) son apreciables; en 1999, el crecimiento de casi todas las economías principales, como Alemania e Italia, quedó por debajo del 2%, mientras que en economías más pequeñas, tales como Finlandia, Irlanda, Países Bajos y Portugal, fue mucho más alto. El endurecimiento monetario, sin perjuicio de ayudar a algunas de las economías menores que dan muestras de recalentamiento, hace así más difícil la expansión de las economías mayores. En ausencia de medidas fiscales coordinadas centralmente, hay pocas perspectivas de que las tasas de crecimiento converjan.

Una de las principales razones de que se estableciera la UME fue crear un solo mercado interno unificado, con una moneda común, que fuera lo suficientemente grande para quedar aislado de los choques externos, en particular los procedentes de los Estados Unidos, y liberar a la

política monetaria de la necesidad de mantener estables los tipos de cambio intraeuropeos. De modo más bien paradójico, el éxito de la integración de los mercados financieros europeos se ha producido al mismo tiempo que se ha intensificado la globalización de los mercados financieros mundiales, y la introducción del euro ha hecho que los activos europeos se incorporen a las carteras mundiales de modo aún más rápido. En consecuencia, las corrientes de capital que se dirigen a Europa y, por ende, los tipos de interés europeos se han vuelto mucho más sensibles a los tipos que se aplican en los Estados Unidos. La volatilidad de las tasas de interés ha empezado así a ejercer una mayor influencia restrictiva sobre la política monetaria europea en un momento en que se esperaba que la introducción del euro confiriera una mayor autonomía a esa política.

Tal como ocurrió en varias ocasiones en el pasado, la recuperación europea está teniendo lugar justo cuando la expansión de los Estados Unidos está alcanzando un punto que se considera insostenible por las autoridades monetarias del país. Los incrementos de los tipos de interés estadounidenses han sido hasta ahora imitados por el Banco Central Europeo, a pesar de que la inflación en la UE siga contenida en torno a la tasa del 2% fijada como objetivo y de que el crecimiento esté por debajo del potencial. En realidad, con tasas de desempleo todavía superiores al 9% cabría lograr varios años de crecimiento por encima de la tasa potencial sin incurrir en limitaciones laborales u otras del lado de la oferta. Así, en Europa se está aplicando un endurecimiento monetario apropiado para una economía que crezca por encima del 6%, cuando la UE lo está haciendo a menos de la mitad de esa tasa.

Son muchos los que señalaron que la creación de la moneda única integró a 11 países, que eran todos ellos sumamente dependientes del comercio exterior, en una sola zona monetaria, donde el comercio con el extranjero y el tipo de cambio ya no desempeñan un papel principal para determinar el nivel de la actividad económica, puesto que todas las transacciones intraeuropeas se hacen como si fueran transacciones internas. Por la misma razón, se pensaba que el crecimiento de los 11 países dependería mucho de la demanda interior, y había gran optimismo sobre las consecuencias de la introducción misma de la moneda única en la demanda y el crecimiento internos. Esas expectativas tienen todavía que materializarse. A decir verdad, uno de los principales motivos de la falta de expansión de las economías mayores, como Alemania, ha sido el

hecho de que la demanda interna no aumente. Irónicamente, por tanto, el que la demanda interna no haya logrado expandirse con rapidez ha significado que la recuperación europea se ha vuelto más dependiente de la demanda exterior. Por ejemplo, las tasas trimestrales de aumento de las exportaciones netas alemanas a los Estados Unidos se situaron en 1999 en la gama del 10 al 20%. La UE registró un pequeño excedente con los Estados Unidos en 1998, con un incremento de las exportaciones netas de 8.000 millones de dólares respecto del año anterior. En los primeros nueve meses de 1999, su superávit comercial siguió aumentando, duplicándose con creces tan solo en el tercer trimestre.

Las estimaciones iniciales del crecimiento del PIB en la UE en el primer trimestre del año 2000 muestran una expansión anual del 3,2% respecto del mismo período de 1999. Aunque el consumo de los hogares estuvo relativamente estancado, la inversión privada aumentó más del 2%, por causa en buena parte de las mayores inversiones en manufacturas asociadas al incremento de las exportaciones. El que esa tasa de crecimiento del primer trimestre pueda sostenerse durante todo el año 2000, para arrojar un crecimiento anual superior al 3%, dependerá, por tanto, de los mercados mundiales y de la recuperación del gasto de los consumidores. Como parece evidenciarse una desaceleración en el Asia oriental y los Estados Unidos, es poco probable que las exportaciones sigan aumentando a las tasas registradas en 1999. Además, cabe esperar que los crecientes tipos de interés europeos frenen el gasto en inversión. Por último, además de la caída de la demanda mundial, los exportadores europeos pueden perder competitividad si se recupera el euro. Está claro que si hubiera una desaceleración sustancial en los Estados Unidos y una pronunciada corrección del dólar, la reanimación europea se vería una vez más frenada antes de que tuviera la posibilidad de materializarse mediante un aumento del ingreso y el consumo de los hogares.

La ausencia de un fuerte gasto de los consumidores no es sólo la única diferencia entre Europa y los Estados Unidos. Las inversiones en alta tecnología asociadas a la creación de compañías nuevas se han basado en el mercado bursátil, y los efectos consiguientes sobre los sectores financieros y de servicios tienen todavía que aparecer en Europa. La contribución al crecimiento de la producción relacionada con la información y los ordenadores se estima que es del orden de la mitad de un punto porcentual del PIB

en Italia y Alemania, lo que supone sólo un tercio de la de los Estados Unidos⁶. En tanto en cuanto el crecimiento europeo siga dependiendo de la demanda exterior más bien que del gasto de los

consumidores y de la innovación y reestructuración tecnológicas, será difícil que Europa repita la experiencia de los Estados Unidos y sustituya a este país como motor del crecimiento mundial.

C. Países en desarrollo

1. América Latina

La situación económica en Latinoamérica se deterioró aún más en 1999 después de un desempeño no muy bueno el año anterior. La región continuó sufriendo las consecuencias de las crisis financieras internacionales por segundo año consecutivo, cuando la desaceleración económica se intensificó en muchos países a raíz de la crisis rusa de agosto de 1998. La producción agregada de la región se estancó por vez primera desde 1990, después de que el crecimiento hubiera bajado a menos del 2% en 1998 desde el 5,3% en 1997 (cuadro 2.2). El resultado en términos del PIB per cápita fue una contracción del 1,3%.

El promedio regional de 1999 oculta no sólo grandes diferencias entre países, sino también acontecimientos diversos dentro de las economías a lo largo del año. Los estrechos vínculos con la economía de los Estados Unidos mediante las maquilas y otras exportaciones industriales y el turismo hicieron que México obtuviera los mejores resultados de las grandes economías, pero sólo con un modesto crecimiento del 3,6%. Las economías de América Central y el Caribe también se beneficiaron de la ininterrumpida expansión de los Estados Unidos, y el crecimiento llegó a ser hasta del 6 o 7% en algunas de las economías menores (por ejemplo, en Costa Rica, Nicaragua y la República Dominicana).

Por el contrario, casi todos los países de Sudamérica experimentaron profundas recesiones, disminuyendo la producción más del 5% en Colombia, Ecuador y Venezuela. Incluso Chile registró un crecimiento negativo, por primera vez en 15 años. El cambio tan acusado de los precios del petróleo fue un factor clave al limitar las consecuencias sobre la producción de catástrofes naturales en Venezuela, mientras en el Ecuador hubo perturbaciones políticas y una inestabilidad financiera continua. En Colombia, la situación económica siguió agravada por el conflicto armado interno, y El Salvador y Honduras tienen todavía

que recuperarse plenamente de la devastación causada por los huracanes de 1998.

En respuesta a los efectos adversos de las crisis financieras, inicialmente se adoptaron políticas de ajuste similares a las que se habían empleado después de la crisis del Asia oriental, como tipos de interés altos y un endurecimiento fiscal para defender las disposiciones cambiarias y mantener la confianza del mercado. Al igual que en el Asia oriental, esas medidas provocaron una desaceleración de la actividad económica, acentuando o iniciando recesiones. Tal como se señala en el capítulo III, algunos países (Brasil, Chile y Colombia) se vieron obligados a abandonar sus bandas monetarias y dejar flotar sus monedas en el transcurso de 1999, pero las depreciaciones subsiguientes no han acelerado la inflación: por tercer año consecutivo los precios aumentaron alrededor del 10% en la región, nivel éste el más bajo en medio siglo.

No obstante el pobre desempeño de la región en 1999, su crecimiento total resultó superior al inicialmente esperado, por causa sobre todo de una rápida mejora de la actividad económica en el Brasil, que representa del orden del 40% de la producción de la región. Los diferentes resultados del Brasil y la Argentina proporcionan un útil contraste para comparar políticas económicas alternativas. Hasta comienzos de 1999, ambos países defendieron los regímenes cambiarios mediante tipos de interés altos y restricciones fiscales. Los primeros causaron desequilibrios estructurales cuando el costo de los intereses de la deuda pública pendiente compensó con creces los excedentes presupuestarios primarios y el incremento del servicio de la deuda exterior contrarrestó las mejoras en materia de exportación. En consecuencia, ambos países experimentaron una pérdida progresiva de la confianza de los inversores internacionales y presiones varias sobre sus posiciones de pagos externos.

Tal como se analizaba en el TDR del año pasado, como casi todos los inversores extranjeros

Cuadro 2.2

CRECIMIENTO DE LOS PAÍSES EN DESARROLLO, POR REGIONES, 1990-1999
(Variación porcentual respecto del año anterior)

Región/país	1990-1995 ^a	1996	1997	1998	1999 ^b
América Latina	3,6	3,6	5,3	1,9	0,1
<i>de la cual:</i>					
Argentina	5,8	5,5	8,0	3,9	-2,9
Bolivia	4,1	4,5	4,1	4,6	1,0
Brasil	3,1	2,5	3,5	-0,1	0,8
Chile	8,7	6,9	6,8	3,1	-1,1
Colombia	4,7	2,1	3,4	0,5	-5,2
Ecuador	3,4	2,3	3,9	1,0	-7,3
México	1,4	5,4	6,8	5,0	3,6
Paraguay	3,2	1,1	2,4	-0,6	0,5
Perú	5,5	2,3	8,6	0,1	3,8
Uruguay	3,7	5,0	5,0	4,6	-3,4
Venezuela	3,4	-0,4	6,6	-0,2	-7,2
África	1,3	5,2	3,0	3,0	2,7
<i>de la cual:</i>					
Argelia	0,1	3,8	1,1	5,1	3,4
Camerún	-1,9	5,0	5,1	5,0	4,4
Côte d'Ivoire	1,9	6,8	6,0	4,5	4,3
Egipto	3,4	4,3	5,0	5,3	6,0
Ghana	4,3	3,5	4,2	4,6	5,5
Kenya	1,6	4,1	2,1	2,1	1,8
Mozambique	3,3	7,1	11,3	12,0	9,7
Nigeria	2,4	6,4	3,1	1,9	1,1
Sudáfrica	0,8	4,2	2,5	0,6	1,2
Uganda	7,0	7,8	4,5	5,4	7,8
Zimbabwe	0,6	8,7	3,7	2,5	0,5
Asia	6,1	6,8	5,9	0,9	5,1
Nuevas economías industrializadas	6,9	6,2	5,8	-2,6	7,5
Hong Kong, China	5,3	4,5	5,0	-5,1	2,9
República de Corea	7,4	6,8	5,0	-6,7	10,7
Singapur	8,6	7,5	8,4	0,4	5,4
Provincia china de Taiwán	6,4	5,7	6,8	4,7	5,5
ASEAN-4	7,0	7,4	3,1	-9,6	2,8
Filipinas	7,1	8,0	4,5	-13,2	0,2
Indonesia	8,7	10,0	7,5	-7,5	5,4
Malasia	2,2	5,8	5,2	-0,5	3,2
Tailandia	8,6	5,9	-1,8	-10,4	4,2
ASEAN-4 más República de Corea	7,2	7,1	4,0	-8,2	6,5
Asia meridional	4,5	6,5	5,1	4,5	6,0
Bangladesh	4,4	5,1	5,3	4,7	4,3
India	4,5	7,1	5,8	4,7	6,8
Nepal	5,2	4,0	1,9	4,0	5,0
Pakistán	4,8	5,0	1,2	3,3	3,1
Sri Lanka	5,4	3,8	6,4	4,7	4,0
Asia occidental	1,3	4,4	5,5	2,6	0,0
China	12,0	9,6	8,8	7,8	7,1

Fuente: Cálculos de la secretaría de la UNCTAD, basados en datos en dólares de 1995.

^a Promedio anual.

^b Estimación.

y los bancos brasileños habían estado esperando el ajuste del tipo de cambio, las salidas de capital después de que se suspendiera la vinculación de la moneda no fueron sustanciales. Las continuas ventas a extranjeros con motivo de las privatizaciones, así como el retorno del optimismo por causa de la mayor competitividad y de una política económica menos dura, produjeron una recuperación de las entradas de IED. La moneda se estabilizó y los tipos de interés se redujeron de manera constante, facilitando una acusada reducción del déficit fiscal y una mejora del servicio de la deuda exterior. Frente a unas previsiones generales de una contracción del orden del 4%, en 1999 la economía logró crecer alrededor del 1%. El crecimiento anualizado del primer trimestre del año 2000 fue superior al 3%, registrando la producción de manufacturas un incremento de casi el 8% respecto del mismo trimestre del año anterior. La balanza comercial siguió siendo deficitaria; los ingresos de exportación disminuyeron 7,5%, mientras que las importaciones se contrajeron casi 15%.

En contraste con el Brasil, que ha tenido unos resultados mejores que los previstos después del colapso de la moneda, el crecimiento de la Argentina ha quedado por debajo de las expectativas después de defender con éxito su vinculación con el dólar. Además de la pronunciada reducción de las exportaciones al Brasil como consecuencia del ajuste monetario, la Argentina se vio afectada de modo adverso por las elevadas tasas de interés reales necesarias para respaldar el tipo de cambio, y por los bajos precios del grano. Asimismo, la caída de los precios internos redujo el ingreso público, lo que obligó a recortar el gasto y a disminuir los sueldos del sector público para cumplir los objetivos fiscales convenidos con el FMI. Los salarios medios bajaron en la industria casi 4% en el cuarto trimestre de 1999 en comparación con un año antes, y la caída de los precios al consumo prosiguió, con una reducción del 1% en mayo de 2000 respecto de un año antes. Así, la Argentina está afrontando una deflación de precios a gran escala, e intenta reducir costos y gastos a la par, creando más riesgos de desaceleración. Si bien las condiciones se estabilizaron hasta cierto punto en el cuarto trimestre de 1999, las expectativas de crecimiento, que oscilaban entre 2,6 y 4,0% (véase el cuadro 2.4 infra), pueden no materializarse en el año 2000, ya que el único elemento que contribuye claramente a que crezca la economía son las exportaciones netas. La economía se vería afectada si en los Estados Unidos prosiguieran las alzas de los tipos de interés o la fortaleza del dólar, lo que requeriría otro ajuste a la baja de precios y salarios,

que es el mecanismo normal de corrección en países que funcionan en régimen de junta monetaria.

Para América Latina en su conjunto, el déficit comercial mejoró de manera apreciable en 1999 por causa sobre todo de una contracción de las importaciones, que redundó en una pronunciada reducción del déficit por cuenta corriente desde 87.500 millones de dólares (4,5% del PIB) en 1998 a 56.500 millones (3,2%). La disminución de las entradas de capital (que se describen en el capítulo III) y la mayor repatriación de beneficios se combinaron para producir una acusada minoración de la transferencia neta de recursos. Sólo contados países, en particular los de Centroamérica, atrajeron más capital. En razón del declive de las entradas totales, muchos países tuvieron que recurrir a las reservas internacionales y a un endeudamiento compensatorio. El Brasil, en cambio, reembolsó parte de la deuda oficial contraída durante la crisis monetaria. México, por otra parte, ha estado acumulando muchas reservas como cobertura contra posibles perturbaciones financieras después de sus próximas elecciones generales.

Para el año 2000, las perspectivas de América Latina dependen mucho de cómo evolucione el medio económico exterior y de cuánto se recurra a la política monetaria y fiscal para apoyar la demanda interna. Si la producción y el comercio mundiales siguen mejorando, el mercado estadounidense se mantiene boyante y los tipos de interés continúan estables, el crecimiento de la región en su conjunto puede llegar al 4%. Aunque la recuperación será general, también resultará desigual en vista de los diversos factores específicos a cada país. La reanimación en países como Colombia, Ecuador, Guatemala, Perú y Venezuela es probable que se vea obstada por los problemas de sus frágiles sectores financieros.

2. *Asia*

En el Asia en desarrollo en su conjunto, con exclusión de China, se registró un acusado cambio a mejor en 1999, con un crecimiento del orden del 4,4%, frente a la ligera contracción del año anterior. Sin embargo, el vigor de la actividad económica y el calendario de la recuperación variaron mucho entre unos países y otros. Mientras el crecimiento se paró en el Asia occidental, se aceleró algo en el Asia meridional. En cambio, en el Asia oriental, tanto en las nuevas economías industrializadas (NEI) como en ASEAN-4, hubo

una fuerte recuperación después de la profunda recesión de 1998.

La actividad económica en el Asia occidental se estancó en 1999 a pesar del alza tan grande de los precios del petróleo. Si bien el desempeño mejoró algo en varios países importadores de petróleo, como Israel y Jordania, el crecimiento siguió débil en la Arabia Saudita y Kuwait como consecuencia de la menor producción de crudos. En Turquía se registró una gran contracción por causa del terremoto de agosto y los efectos derivados de la crisis financiera de la Federación de Rusia.

Las perspectivas de la región siguen estando dominadas por lo que ocurra en el mercado del petróleo y por lo que avance el proceso de paz en el Oriente Medio. Como el marasmo económico de Turquía parece haber tocado fondo, se espera que la producción agregada del Asia occidental se recupere mucho en el año 2000, cuando las consecuencias del acusado incremento de los precios y de los ingresos del petróleo se filtren hacia más consumo e inversión en los países exportadores de petróleo. En aquellos del Consejo de Cooperación del Golfo⁷, el desempleo sigue siendo alto. Como el petróleo continúa representando en casi todos los países de la región alrededor del 40% del PIB y más del 80% del ingreso público, tales países siguen siendo muy vulnerables a las fluctuaciones de los precios de los crudos. Los países importadores de petróleo también se ven afectados por las consecuencias sobre el nivel de las donaciones y las remesas de trabajadores. La falta de progresos notables en el proceso de paz del Oriente Medio, junto con las sanciones económicas al Iraq, sigue desalentando el comercio intrarregional, la inversión y el turismo, impidiendo así una recuperación vigorosa y sostenida.

El desempeño económico de los países del Asia oriental de 1999 arrojó resultados contrapuestos. El mayor crecimiento del PIB de la subregión, desde el 4,5% de 1998 a 6,0%, es sobre todo un reflejo de la fortaleza de la economía de la India, mientras que en Bangladesh y el Pakistán se registró una suave desaceleración (cuadro 2.2). Esa diversidad de resultados es imputable a diferencias en varios factores, como condiciones climáticas y políticas, o también a la política económica y los problemas estructurales. Por lo general, las condiciones externas fueron relativamente favorables, y tanto en el caso de la India como del Pakistán los efectos negativos de las sanciones económicas aplicadas por los ensayos nucleares no se dejaron sentir mucho. En el Pakistán, tales

sanciones se anularon en parte en enero de 1999 y las instituciones financieras internacionales reanudaron consiguientemente su asistencia.

La aceleración del crecimiento en la India se explica por la industria y los servicios, donde unos progresos más rápidos compensaron con creces el notable descenso del crecimiento de la agricultura a menos de 1%, desde el 7,2% del año anterior, como consecuencia de un monzón errático en algunas zonas y de los serios daños causados por un ciclón que golpeó la costa de Orissa en octubre de 1999. En el Pakistán, la continua inestabilidad política, graves problemas de balanza de pagos y desequilibrios macroeconómicos condujeron a una desaceleración moderada en 1999. El crecimiento también se vio frenado en Bangladesh, donde las manufacturas se vieron muy perjudicadas por las inundaciones del primer semestre de 1999 y por la inestabilidad política, así como en Sri Lanka, por causa de una menor producción industrial. En casi todos los países de la subregión, sobre todo en la India y Sri Lanka, los desequilibrios fiscales siguieron siendo un motivo de preocupación. Con todo, se espera que el impulso del crecimiento prosiga en el año 2000, con modestas mejoras en algunos países.

Las economías del Asia oriental que padecieron una grave recesión en 1998 como consecuencia de la crisis financiera registraron una recuperación espectacular en 1999. En el primer semestre de ese año se hizo patente una reanimación y el impulso ha proseguido en el 2000. Como se examina con mayor detalle en el capítulo IV, la recuperación se inició por el cambio de signo de las políticas monetarias y fiscales restrictivas, lo que luego se vio reforzado por una recuperación de las exportaciones que puso fin al proceso de contracción grande de las importaciones y de recurso a las existencias. El alto grado de integración regional que había sido uno de los principales factores responsables del contagio y del pobre desempeño de las exportaciones sirvió para producir una mejora apreciable de estas últimas en 1999⁸. Las exportaciones se vieron también ayudadas por depreciaciones monetarias, así como por la boyante situación del mercado estadounidense. De particular importancia para Filipinas, Malasia, la Provincia china de Taiwán, Singapur y Tailandia fue el incremento de la demanda mundial de productos electrónicos asociada a la rápida y sostenida expansión del sector de TI en los países desarrollados, como también la respuesta al riesgo del efecto 2000 ya señalada en la introducción a este capítulo.

La combinación de políticas expansivas y de unas exportaciones mayores ayudó a aumentar las tasas de utilización de capacidad, estabilizó el desempleo y entrañó una recuperación del consumo interno que se reflejó en más importaciones hacia el final del período. Tal como se describe en el capítulo III, hubo un incremento de las entradas de capital privado en la región, principalmente en forma de IED, que se vio en parte impulsada por la venta a extranjeros de compañías con problemas financieros.

El PIB agregado de las cuatro NEI aumentó fuertemente en 1999, a razón del 7,5%, frente a la contracción del año anterior (cuadro 2.2). Sin embargo, el desempeño varió bastante. Después de un pronunciado declive en 1998, el crecimiento de la República de Corea fue de más del 10%, la tasa más alta desde 1988. La recuperación en Hong Kong (China) fue mucho menos espectacular. El cambio de tendencia, que también entrañó una reanimación de los mercados locales de activos, se inició en el segundo trimestre de 1999, después de seis trimestres consecutivos de descenso, y se vio reforzado por las mejores condiciones en las economías vecinas. El crecimiento de Singapur fue más vigoroso, después del práctico estancamiento de 1998, por causa sobre todo de la fuerte demanda externa de productos relacionados con la TCI, pero el sector de las manufacturas distintas de los productos electrónicos también se desempeñó bien.

En contraste con casi todas las demás economías de la región, la Provincia china de Taiwán sufrió relativamente poco con las perturbaciones financieras del Asia oriental, gracias a su devaluación previa y a unas grandes reservas de divisas. Con todo, el crecimiento de la producción descendió a un mínimo en 15 años de 4,7% en 1998. En 1999 se produjo una modesta reactivación, pero la capacidad productiva y la infraestructura física padecieron mucho con el terremoto de septiembre de 1999⁹. La reconstrucción de las estructuras dañadas puede brindar un gran estímulo a la actividad económica.

Las economías de ASEAN-4 crecieron todas ellas en 1999 después del descenso de la producción en 1998, que varió desde un 1% en Filipinas hasta tanto como un 13% en Indonesia. Filipinas logró evitar una recesión profunda gracias a unas exportaciones vigorosas como consecuencia de sus vínculos comerciales más estrechos con el mercado de los Estados Unidos. Tras unos comienzos inicialmente tenues a principios de 1999, la recuperación de la subregión se volvió más rápida y con una base más amplia de lo previsto (cuadro 2.2).

Cabe esperar que el crecimiento del Asia en desarrollo en el año 2000 resulte más equilibrado entre unos países y otros que en 1999, con una tasa que se frenará hasta un 7 u 8% en la República de Corea, mientras se espera que la recuperación de ASEAN-4 cobre fuerza: el crecimiento de Malasia, que alcanzó cifras de dos dígitos en los primeros meses del 2000, tendrá que moderarse para prevenir un retorno a las condiciones de penuria laboral experimentadas antes de la crisis. Existen riesgos considerables de desaceleración en Indonesia; Hong Kong (China) se verá afectado por la próxima adhesión de China a la OMC, pero los efectos inmediatos son inciertos.

La economía de China siguió desempeñándose relativamente bien en 1999, con un crecimiento superior al 7% gracias en parte a la recuperación de otras economías del Asia oriental y en parte también gracias a diversos paquetes de medidas fiscales. Esa tasa bastante elevada resultó sin embargo menguada para las pautas chinas; fue la más baja del pasado decenio, representando el séptimo declive sucesivo desde el máximo de 14,2% en 1992. Asimismo, la economía se caracteriza por una deflación de precios, un exceso de producción y también un exceso de capacidad. La continua baja de precios desde mediados de 1997, juntamente con la apreciación de otras monedas de la región, ha ayudado a que cambie de signo la apreciación real del renminbi y estimulado las exportaciones, que también se han beneficiado de los recortes en los impuestos a la exportación.

Enfrentado con el desafío de contrarrestar las fuerzas deflacionarias a corto plazo generadas por las reformas estructurales, el Gobierno chino ha seguido desde mediados de 1998 suavizando la política monetaria y fiscal, y ha aplicado toda una serie de medidas, tales como un cuantioso gasto en infraestructura y recortes en los tipos de interés, para impulsar la demanda interior. No obstante, el impacto sobre el gasto de los consumidores y la inversión distinta de la que hace el Gobierno central ha sido mínimo. La confianza de los consumidores sigue siendo baja, por causa sobre todo de la inseguridad de los empleos y los ingresos como consecuencia del paro creciente y la reestructuración de las empresas estatales (EE). La tasa anualizada de expansión de la inversión fija disminuyó en 1999 desde el 15% en mayo a valores negativos en septiembre, en comparación con unos incrementos de más del 40% en 1992-1995.

Aunque la economía china no padeció un contagio directo de la crisis asiática, el colapso de los mercados de capital de la región tuvo

repercusiones desfavorables sobre las entradas de capital. El total de la IED que se dirigió a China se estancó en 1998 y disminuyó 11% en 1999. Los esfuerzos desplegados desde principios de 1998 para reestructurar o privatizar las EE tropezaron con dificultades cuando la tasa de desempleo urbano saltó a niveles política y socialmente inaceptables (7 a 8%), y las autoridades se vieron obligadas a dejar que la estabilidad social primara sobre la reforma. No obstante, esta última, en lo que atañe a las empresas estatales, sigue siendo uno de los principales objetivos de la política económica.

En la búsqueda de fuentes nuevas de crecimiento económico, se está prestando más atención al interior menos desarrollado del país, un cambio que ya se hizo patente en el plan quinquenal de 1991-1995. En enero del año 2000, el Consejo de Estado estableció una comisión interministerial para el desarrollo de las regiones occidentales, con la misión de trazar estrategias a largo plazo que sirviesen de guía para el crecimiento económico de las provincias occidentales de China en los próximos 15 años. El desarrollo de la región occidental también constituyó un punto importante del programa de la novena Asamblea Popular Nacional de marzo de 2000, y el 70% de la inversión fija total del presupuesto para este año se ha asignado a mejorar la infraestructura de esas regiones.

Aparte de dar un impulso inmediato al crecimiento económico, el poner el acento en una nueva frontera del desarrollo permite a las autoridades chinas abordar las disparidades cada vez más llamativas entre el ingreso de las zonas costeras y el del interior. El PIB per cápita en la costa es más del doble que el de cualquier provincia del interior, donde habitan los dos tercios de la población china. Asimismo, un mayor desarrollo económico de las regiones occidentales ayudará a la larga a reducir la pobreza y las tensiones étnicas, como también protegerá el medio y reducirá la presión demográfica sobre la costa. La parte occidental, sin embargo, no es una entidad homogénea. Algunas zonas están más desarrolladas que otras por disponer de recursos naturales más ricos o de inversiones en industria pesada relacionada con la defensa. Es probable que las provincias sin litoral tales como Gansu y Ningxia sigan atrapadas en la pobreza durante algún tiempo.

Aunque la baja de precios parece haber tocado fondo, no es probable que el gobierno invierta su política fiscal expansiva. Los estímulos tributarios y las mayores exportaciones deberían

hacer que el crecimiento del PIB fuera del orden del 7 al 8% en el año 2000. Se espera que la próxima entrada de China en la OMC proporcione un impulso muy oportuno al crecimiento económico al ayudar a que se incrementen las exportaciones y al atraer IED nueva, pero también puede entrañar bastantes costos de ajuste, al menos a corto plazo. El efecto preciso de la adhesión es difícil de predecir y dependerá, entre otras cosas, de cómo se interpreten y apliquen los acuerdos con otras partes.

3. África

El crecimiento de la producción de África en 1999 fue ligeramente inferior al 3,0% logrado en los dos años anteriores, corriendo apenas parejas con el incremento de la población (cuadro 2.2). El pobre desempeño económico de la región en el último trienio, después de una mejora relativamente fuerte en 1996, parece indicar que las condiciones internas y externas no se aproximan en ningún sitio a las que se necesitan para producir el tan esperado despegue hacia un crecimiento rápido y sostenido, particularmente en el África subsahariana.

El África tanto oriental como septentrional creció en 1999 a tasas medias bastante superiores a las de otras subregiones. En el África central, septentrional y occidental el crecimiento bajó con respecto a 1998, pero subió en el África oriental y meridional¹⁰. Los continuos conflictos armados y los desórdenes internos han menoscabado seriamente el desempeño económico de varios países, sobre todo en la región de los Grandes Lagos del África central, y, como en el caso del conflicto fronterizo entre Etiopía y Eritrea, contribuyeron a los malos resultados registrados en países vecinos. Del mismo modo, las diferentes condiciones climáticas han influido mucho en los desiguales logros económicos de las subregiones. La vulnerabilidad a tales condiciones se ha hecho una vez más patente con los efectos de las recientes inundaciones en el África meridional provocadas por dos tormentas tropicales de febrero de 2000, que afectaron a países como Botswana, Madagascar, Mozambique, Namibia, Zambia y Zimbabwe y causaron pérdidas de vidas en número apreciable, el desplazamiento de poblaciones y muchos daños en cosechas e infraestructura.

El desempeño económico del África central, que representa alrededor del 6% del PIB del continente, depende mucho de los precios mundiales del petróleo y de otros productos

primarios, como café, cacao, madera y cobre. El crecimiento tanto del Camerún como de Rwanda fue inferior en 1999 al de 1998, sin perjuicio de ser bastante superior al promedio general de la región. Los deprimidos precios del café compensaron las ventajas de unos precios más altos del petróleo en el caso del Camerún, y de los mejores resultados de la agricultura y los servicios, debidos sobre todo a la IED procedente de Sudáfrica y a las aportaciones de ayuda, en el caso de Rwanda. Los precios de esos productos seguirán influyendo mucho en el crecimiento del año 2000.

En el África oriental, que representa del orden del 7% de la producción del continente, algunos países se han visto afectados de modo adverso por conflictos armados. El desempeño en Kenya ha sido decepcionante en los últimos años por causa del deterioro de la infraestructura, el aumento de la intranquilidad laboral y la pérdida de la confianza de los inversores. En cambio, el crecimiento se aceleró mucho en Uganda, en parte gracias a la atenuación de la deuda oficial, una mayor IED y una recuperación de la agricultura. A pesar de la incertidumbre que acompaña a su dependencia de la agricultura de secano, se espera que el África oriental crezca a un ritmo moderado en los próximos años.

El crecimiento económico del África septentrional, que representa el 39% de toda la producción del continente, se vio afectado desfavorablemente por conflictos internos e inestabilidad política en el decenio de 1990, pero las perspectivas han mejorado en los últimos años. El crecimiento aumentó de manera moderada en Egipto en 1999 por causa sobre todo de unos resultados muy buenos en agricultura (la producción de trigo se duplicó con creces) y por los mayores precios del petróleo, pero disminuyó mucho en Argelia cuando el mal tiempo redujo el producto agrario. Tal fue el caso también de Marruecos y Túnez. Las condiciones climáticas, junto con los precios del petróleo, seguirán siendo factores determinantes en esos países.

El pobre desempeño del África meridional en los últimos años es un reflejo de la situación en Sudáfrica, a la que corresponde el 85% de lo que produce la subregión. Si bien la economía de este país se ha visto perjudicada por el contagio financiero de la crisis asiática y los bajos precios de los productos primarios, especialmente del oro, su principal exportación, el declive de la actividad económica parece haber tocado fondo en 1999. El crecimiento de Mozambique, una de las economías que registra los progresos más rápidos de todo el mundo, se frenó en 1999, aunque a pesar de las

devastadoras inundaciones es probable que llegue a ser del 5% este año.

Los conflictos armados y la inestabilidad política han afectado también a varios países del África occidental, que representa el 13% de la producción del continente. Las economías de la zona CFA han seguido desempeñándose bien a pesar de la gran devaluación del franco CFA en 1994. El descenso del euro frente al dólar ha aumentado también su competitividad en un momento en que los precios de algunas de sus exportaciones principales, especialmente cacao, café, algodón, oro y algunos metales, bajaron. La mejora de las economías CFA en 1999 se vio más que compensada por la desaceleración de otros países del África occidental, por causa sobre todo de los menores precios de algunas de sus principales exportaciones, en particular cacao, madera y caucho natural. El crecimiento en Nigeria, con mucho la mayor economía de la subregión y muy dependiente del petróleo (que representa más del 96% de los ingresos de exportación y el 80% del ingreso público), ha seguido disminuyendo después del máximo registrado en 1996. El descenso se debió a la menor producción de petróleo a raíz de la reducción de los cupos de la OPEP y a los desórdenes habidos en las regiones productoras de crudos, aunque los efectos adversos se vieron mitigados hasta cierto punto por unos precios más altos y un crecimiento más rápido de los sectores distintos del petróleo.

Un factor importante de las diferencias en los resultados económicos de los países africanos es la evolución tan dispar de los precios de los productos básicos, ya que las exportaciones de éstos por los diversos países varían¹¹. La fortaleza de los precios de productos industriales tales como petróleo y cobre, en comparación con los continuos precios bajos de bebidas, con un pronunciado descenso especialmente en los del cacao y el café, influyó mucho en el desempeño económico relativo de esos países. Concretamente, mientras los países exportadores de petróleo han salido ganando con las alzas de los precios de los crudos (ingresos de exportación y recaudación fiscal mayores), su impacto adverso sobre la balanza de pagos y la inflación ha sido grande en los países importadores de petróleo.

Las perspectivas económicas a corto plazo dependen de los precios del petróleo y de otros productos básicos; por su parte, los países CFA también se verán afectados por la evolución del euro frente al dólar. El crecimiento podrá aumentar moderadamente en el año 2000 si los precios del

petróleo se mantienen en niveles relativamente altos y los de otros productos mejoran. Aun así, es probable que buena parte del mismo se concentre en el África septentrional. También podrá acelerarse en el África meridional después de los endeble resultados de 1998 y principios de 1999.

En casi todas las economías del África subsahariana, el crecimiento a más largo plazo se ve restringido por un ahorro y una inversión reducidos y por la insuficiencia de divisas. En este sentido, las entradas de capital oficial pueden desempeñar un papel crucial al inducir un crecimiento más rápido y sostenido y al acabar reduciendo con el tiempo la dependencia de la región respecto de la asistencia. Según estimaciones de la secretaría de la UNCTAD, si el crecimiento del África subsahariana pudiera elevarse a alrededor del 6% anual y mantenerse a ese ritmo durante al menos un decenio, mediante una gran inyección de ayuda acompañada de políticas económicas internas apropiadas, la necesidad de financiación oficial disminuiría gradualmente conforme se materializaran otras fuentes de financiación. En primer lugar, un ingreso que aumentara con rapidez permitiría que el ahorro interno creciera más aprisa que la producción, cerrando así la brecha en ese particular. En segundo término, un crecimiento

sostenido atraería capital privado, que sustituiría a la financiación oficial¹².

Claramente, el alivio de la deuda puede influir en este proceso. A este respecto, se han realizado algunos progresos en los últimos años en el contexto de la iniciativa sobre los países pobres muy endeudados (PPME), entre los que cabe señalar los siguientes: modificación del marco en el que se aplica, con el fin de reducir los objetivos de sostenibilidad de la deuda, permitiendo así a más países quedar habilitados para recibir asistencia; introducción de un mayor alivio provisional, una vez que los países queden habilitados; y posibilidad de completar el proceso PPME con mayor rapidez para los países que apliquen grandes reformas y programas de reducción de la pobreza. El número total de países PPME que se espera resulten habilitados a tenor de la iniciativa ampliada ha pasado de 29 a 36, de los que 30 se encuentran en el África subsahariana. No obstante, incluso si la ampliación de la iniciativa se aplica en su totalidad y sin dilación, su impacto será limitado. Muchos países africanos no pueden atender a sus obligaciones del servicio de la deuda exterior, y en su caso el alivio de la deuda simplemente será un reconocimiento oficial de una situación que ya existe y pondrá fin a la acumulación de atrasos que es improbable se paguen alguna vez.

D. Economías en transición¹³

El PIB conjunto de las economías en transición aumentó 2,4% en 1999, con la tasa más elevada del decenio de los noventa. La cifra global, sin embargo, oculta un grado de volatilidad poco común durante el año, así como variaciones considerables entre los países. La producción creció inesperadamente en torno a un 3% global en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), en comparación con el 1,4% de Europa oriental, mientras que los Estados bálticos se hundieron en una profunda recesión (cuadro 2.3).

El crecimiento económico se frenó mucho en prácticamente todas las economías en transición a comienzos de 1999 como consecuencia en buena parte de los efectos de las crisis financieras del Asia oriental y Rusia, agravados en algunos casos por el conflicto de Kosovo y una desaceleración de la demanda de importaciones por parte de Europa occidental. La crisis rusa tuvo graves

consecuencias, en particular para las economías bálticas, donde se tradujo en una gran disminución de las exportaciones a la Federación de Rusia y en un severo deterioro de la producción y el empleo. No obstante, la desaparición de estos y otros factores en el segundo semestre de 1999 condujo a una pronunciada mejora en Europa central y a una más moderada en los Estados bálticos. La recuperación de las exportaciones a la UE fue importante, en especial para Europa central, pero en los Estados bálticos no fue suficiente para compensar las pérdidas habidas en los mercados de la CEI. Con más del 4%, el crecimiento de Eslovenia, Hungría y Polonia fue bastante más rápido que el 2,4% de promedio de las economías en transición, gracias en buena parte a una fuerte demanda interna. La mayor sorpresa de 1999 fue la recuperación de la Federación de Rusia, donde el PIB creció más del 3%, en contraste con la disminución prevista de 2,5%, merced al acusado

Cuadro 2.3

ECONOMÍAS EN TRANSICIÓN: ALGUNOS INDICADORES ECONÓMICOS, 1997-1999

Región/país	PIB			Precios de consumo			Balanza por cuenta corriente		
	Variación respecto del año anterior ^a			Variación respecto del año anterior ^a					
	(Porcentaje)			(Porcentaje)			(Porcentaje del PIB)		
	1997	1998	1999	1997	1998	1999	1997	1998	1999 ^b
Europa oriental	2,1	1,8	1,4	-4,3	-4,6	-5,5
<i>de la cual:</i>									
Bulgaria	-7,0	3,5	2,6	578,7	0,9	6,2	4,2	-0,5	-5,5
Croacia	6,8	2,5	-0,3	4,0	5,6	4,6	-11,5	-7,1	-7,2
República Checa	-1,0	-2,2	-0,2	9,9	6,7	2,5	-6,1	-2,4	-2,0
Hungria	4,6	4,9	4,5	18,4	10,4	11,3	-2,1	-4,9	-4,3
Polonia	6,9	4,8	4,1	13,2	8,5	9,9	-3,0	-4,4	-7,5
Rumania	-6,1	-5,4	-3,2	151,7	40,7	54,9	-6,1	-7,2	-3,8
Eslovenia	6,5	4,4	1,9	6,5	5,5	14,4	-10,0	-10,1	-5,7
Eslovenia	4,6	3,9	4,9	8,8	6,6	8,1	0,2	-	-3,0
Estados bálticos	8,4	4,5	-1,7	-9,5	-11,1	-9,6
Estonia	10,6	4,0	-1,4	12,3	6,8	3,9	-12,2	-9,2	-4,9
Letonia	8,6	3,9	0,1	7,0	2,8	3,3	-6,1	-11,1	-12,1
Lituania	7,3	5,1	-3,0	8,5	2,4	0,3	-10,2	-12,1	-10,3
CEI 1,1	-3,0	2,9	-0,4	-1,4	6,7	
<i>de la cual:</i>									
Belarús	11,4	8,4	3,4	63,4	181,6	251,3	-5,9	-7,5	-0,4
Federación de Rusia	0,9	-4,9	3,2	11,0	84,5	36,7	0,9	0,7	11,2
Ucrania	-3,0	-1,7	-0,4	10,1	20,0	19,2	-2,7	-3,1	3,3

Fuente: CEPE, Economic Survey of Europe 2000, N° 1, publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E.00.II.E.12, Nueva York y Ginebra, 2000, cuadros 3.1.1 y 3.1.2.

^a En el caso de los precios de consumo, variación de diciembre a diciembre.

^b Todo el año para Europa oriental y los Estados bálticos; enero a septiembre para la CEI. La balanza por cuenta corriente de los Estados bálticos se basa en extrapolaciones de las tendencias registradas de enero a septiembre.

incremento de los precios del petróleo y la devaluación del rublo.

En 1999 también se registró en las economías en transición una mayor inflación. El proceso de constante desinflación que se había producido durante varios años se vio interrumpido. En casi todas las economías las subidas de los precios fueron mayores que en 1998, especialmente en los países miembros de la CEI que se vieron afectados por la devaluación del rublo. El principal responsable de la mayor inflación en muchas otras economías fue la pronunciada alza del precio mundial de los crudos de petróleo, juntamente con la apreciación del dólar.

Una demanda exterior relativamente débil fue una de las principales causas de los malos resultados comerciales de muchos países en 1999.

Para las economías en transición en su conjunto, las exportaciones disminuyeron tanto en volumen como en valor, pero el declive de las importaciones fue aún mayor (véase el cuadro 3.1 infra). En Europa oriental, el valor del comercio total (importaciones más exportaciones) disminuyó por vez primera desde 1991. La contracción del comercio también se hizo patente en casi todos los países de la CEI, y resultó particularmente grande en los Estados bálticos.

Los profundos recortes de las importaciones reflejaron las grandes limitaciones en las balanzas de pagos producidas por la reducción de las entradas de capital. Varios países tuvieron dificultades para obtener financiación internacional. Las entradas netas en Europa oriental y los Estados bálticos quedaron por debajo del nivel de 1998, y hubo un mayor incremento de

las salidas de capital de la Federación de Rusia. Esas mayores restricciones de la balanza de pagos obligaron a reducir la demanda interior y las importaciones en varias economías, en particular en los países de la CEI (distintos de la Federación de Rusia). Las balanzas por cuenta corriente mejoraron por lo general, con la excepción de Bulgaria y Polonia.

Como consecuencia del conflicto de Kosovo, la atención de la comunidad internacional se ha dirigido a las medidas necesarias para la regeneración económica de un grupo específico de siete economías de la Europa sudoriental¹⁴, con miras también a reforzar las perspectivas tanto de paz como de estabilidad política de la zona. Hay países que se han quedado muy a la zaga en el proceso de transición y se han visto muy afectados por el conflicto de Kosovo y sus secuelas. A pesar de un modesto crecimiento en Bulgaria y en la ex República Yugoslava de Macedonia, la producción del grupo en su conjunto se contrajo casi 3% en 1999.

En su mayor parte, los problemas económicos de la Europa sudoriental son fundamentalmente los propios del subdesarrollo, a pesar del hecho de que varios de sus indicadores, como la educación, estén más cerca de Europa occidental que de las naciones consideradas tradicionalmente en desarrollo. En algunos de esos países (Albania, Bulgaria, Rumania), la herencia del sistema de economía dirigida sigue vigente mucho más que en otras partes. La situación macroeconómica continúa siendo en general sumamente frágil. Si bien la inflación ha logrado reducirse, los déficit por cuenta corriente han sido grandes y persistentes, traducándose en una rápida acumulación de deuda exterior. Con un 17%, el

desempleo es muy superior al de Europa central. La inversión interior sigue débil y la inversión extranjera no se ve atraída por la región en cuantía apreciable.

Habida cuenta de la magnitud de los problemas que afrontan los gobiernos de esos siete países, la probabilidad de crisis sigue siendo alta, particularmente al no haber una asistencia exterior sostenida y bien encauzada. Los esfuerzos internacionales ahora son grandes, pero cada vez se hace más patente que adolecen de muchas de las mismas deficiencias que padecen los programas de asistencia a casi todas las demás economías en transición desde 1989, como la diferencia tan grande entre compromisos y desembolsos reales de la ayuda, y la mala coordinación entre los 29 países y las organizaciones internacionales con arreglo al Pacto de Estabilidad.

Para el 2000, las perspectivas de las economías en transición han mejorado por lo general considerablemente desde comienzos de año. Tanto las condiciones internas como el medio exterior son más favorables. Se espera que el crecimiento sea por término medio del orden del 3%, con tasas que varían entre alrededor de un 4% en Europa oriental, un 3% en los Estados bálticos y un 2% o más en los países de la CEI (a tenor de la evolución de la Federación de Rusia). Como consecuencia de una mejora desde cotas muy bajas, los gobiernos de bastantes economías en transición de la Europa sudoriental están esperando tasas de crecimiento relativamente altas en el año 2000. La actual recuperación de la Federación de Rusia es frágil, pero la previsión oficial del crecimiento en el 2000 ahora se ha aumentado desde alrededor de 2,0% a más de 4,0%.

E. Perspectivas y previsiones

Si bien las perspectivas de la economía mundial se han ido volviendo cada vez más optimistas desde finales de 1999, el riesgo de que los desequilibrios globales creen otra perturbación financiera también ha aumentado. Unos resultados en 1999 mejores que los esperados, en particular en los Estados Unidos, el Asia oriental y el Brasil, han hecho revisar al alza las previsiones a corto plazo del crecimiento de todas las grandes regiones económicas. Esta tendencia se ha visto robustecida al seguir cobrando fuerza la economía mundial conforme la expansión de la demanda y la producción se extendía más y más. No obstante, las

percepciones de esos hechos varían mucho entre las diversas organizaciones internacionales y otras instituciones. Como puede verse en el cuadro 2.4, las previsiones del crecimiento de la producción mundial en el año 2000 oscilan entre 3,5 y 4,3%, en comparación con sólo un 2,7% logrado en 1999 (cuadro 2.1). También hay diferencias apreciables en la previsión de las tasas de crecimiento de las diferentes regiones. Por ejemplo, existe mucha incertidumbre sobre la desaceleración generalmente esperada de la economía de los Estados Unidos y la recuperación del Japón y Europa, mientras que en el mundo en desarrollo se

Cuadro 2.4

PREVISIONES DE DIVERSAS INSTITUCIONES DEL CRECIMIENTO DEL PIB EN EL AÑO 2000, POR REGIONES Y PARA ALGUNOS PAÍSES

(Variación porcentual respecto de 1999^a)

	Banco Mundial	OCDE	NU/LINK	JP Morgan	FMI
Mundo	4,2	3,5	4,3	3,5	4,1
Países industrializados	3,4	3,2 ^b	4,0 ^b	3,0	3,7 ^b
Estados Unidos	4,4	3,8	4,9	4,1	4,9
Japón	0,9	1,2	1,7	0,9	1,6
Unión Europea	3,2	.	3,4	3,1	3,8 ^c
Alemania	2,8	.	2,9	2,5	3,5
Francia	3,5	.	3,7	3,6	4,0
Italia	2,7	.	2,9	2,6	3,5
Reino Unido	3,0	.	2,9	3,3	3,4
Economías en transición	2,6	2,5	.	3,0	5,4 ^d
Federación de Rusia	1,5	.	4,0	2,5	6,5
Países en desarrollo	5,4	5,0	.	5,2	.
África	4,4	.	.	4,4	.
Asia	6,2	6,4	.	6,2 ^e	6,6 ^f
Nuevas economías industrializadas	6,6	5,5	.	.	.
Hong Kong, China	6,0	.	5,2	4,9	6,5
República de Corea	7,0	.	8,5	8,2	8,0
Singapur	5,9	.	.	6,7	5,0
Provincia china de Taiwán	6,2	.	.	6,4	7,0
ASEAN-4	4,0	.	.	.	5,1 ^g
Indonesia	3,0	.	3,0	4,3	4,0
Malasia	6,0	.	6,2	7,2	6,5
Filipinas	4,5	.	3,5	4,1	4,5
Tailandia	4,5	.	5,5	4,8	6,0
ASEAN-4 más República de Corea	.	5,7	.	.	.
Asia meridional	.	5,9	.	.	.
China	7,0	.	7,7	7,5	7,0
América Latina	4,0	3,6	.	3,7	4,3
Argentina	3,4	.	2,6	2,8	4,0
Brasil	4,0	.	3,2	3,6	3,7
México	4,5	.	4,8	4,8	5,5

Fuente: FMI, Perspectivas de la economía mundial, abril de 2000; Banco Mundial, Global Development Finance, abril de 2000; OCDE, OECD Economic Outlook, junio de 2000; NU/LINK, Pre-LINK meeting forecast (abril de 2000); y JP Morgan, World Financial Markets, Nueva York, 14 de abril de 2000.

^a Basada en ponderaciones en términos de la paridad del poder de compra en el caso del FMI, el Banco Mundial y la OCDE, y en términos de los tipos de cambio del mercado en el de NU/LINK y JP Morgan.

^b Incluidos también México y la República de Corea.

^c Los 11 países de la UEM.

^d Bulgaria, Federación de Rusia, Grecia, Hungría, Polonia, República Checa y Turquía.

^e Asia meridional y oriental.

^f China, Filipinas, Hong Kong (China), India, Indonesia, Malasia, Provincia china de Taiwán, República de Corea, Singapur y Tailandia.

^g Incluido también Singapur.

plantean cuestiones sobre la sostenibilidad de la rápida expansión de la República de Corea y la probabilidad de una reanimación en la Argentina.

Hay ya algunas indicaciones claras que sugieren que la economía estadounidense está comenzando a frenar desde comienzos de año su rápido ritmo de crecimiento, mientras que el vigor de la actividad económica en Europa parece irse ampliando pero sin mucha fuerza. Esto ha hecho que algunos analistas empiecen a reducir sus previsiones optimistas sobre esos países. La recuperación de casi todas las economías en desarrollo del Asia oriental ha sido más fuerte de lo esperado, aunque se advierten señales de desaceleración. Esta última, en China, parece haber tocado fondo, pero las autoridades del país siguen considerando necesarios los estímulos. En América Latina, si bien la reactivación sigue su curso, la situación de la Argentina se mantiene frágil, la crisis financiera del Ecuador no está resuelta, y la sostenibilidad de la recuperación del Brasil dependerá de manera crucial de las condiciones de los mercados mundiales.

Así, a pesar del desempeño mucho mejor de la economía mundial en 1999 y principios del 2000, hay mucha incertidumbre sobre las perspectivas a corto plazo, con muchos desafíos pendientes. Por diversas razones, la reciente subida tan pronunciada del precio del petróleo no ha

tenido un impacto comparable al de los choques petroleros del decenio de 1970, y es poco probable que surta efectos parecidos, salvo que vaya seguida de incrementos mucho mayores. Al menos de momento, la deflación mundial ha sustituido a la inflación como motivo de preocupación, y el cambio de la política monetaria en casi todos los principales países actuará como un freno más del crecimiento continuado. La inestabilidad cambiaria y la financiera son siempre unas amenazas potenciales cuando hay grandes desequilibrios globales. Una acusada apreciación del yen o la falta de progresos en las reformas estructurales, por ejemplo, podrían obstar la incipiente recuperación del Japón. La reanimación de los mercados emergentes puede verse afectada desfavorablemente por la subida de los tipos de interés internacionales si la economía de los Estados Unidos se mantiene demasiado fuerte, o por unas menores corrientes financieras en el caso de un desplome del dólar o de una crisis mundial de liquidez. Casi todas las previsiones de una expansión mundial ininterrumpida se basan en la hipótesis "áurea" de que la economía de los Estados Unidos no se recalentará ni se enfriará demasiado, permitiendo que Europa y el Japón crezcan y apoyen una recuperación sostenida en América Latina y Asia. A la hora de aquilatar las previsiones de un crecimiento mundial acelerado, conviene recordar que las situaciones doradas son sólo propias de cuentos de hadas.

NOTAS

1. Las cifras ofrecidas por distintas empresas y las estimaciones nacionales no son comparables, ya que el gasto en sustitución del soporte físico o hardware, por ejemplo, no siempre se incluye. Entre las estimaciones de más de 600.000 millones de dólares hechas por el Grupo Gartner figuran los 675.000 millones de Software Productivity Research y los 1,2 billones de Cap Gemini.
2. Véase el TDR 1998, primera parte, anexo al cap. III.
3. James Fallows, *New York Times*, "Week in Review", 13 de febrero de 2000, pág. 3.
4. Shinobu Nakagawa, "Why Has Japan's Household Savings Rate Remained High even during the 1990s?", *Bank of Japan Monthly Bulletin*, abril de 1999, pág. ii.
5. Véase el análisis del TDR 1999 que expresaba escepticismo sobre la sostenibilidad de la expansión en 1999.
6. Véase *Crédit Suisse First Boston, Euro-11 Weekly: The best is not yet to come*, 19 de mayo de 2000.
7. Arabia Saudita, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Omán y Qatar.
8. Para un análisis de esta interdependencia regional, véanse el TDR 1996, segunda parte, caps. I y II; y el TDR 1993, segunda parte, cap. IV, y anexo 3.
9. Por ejemplo, las pérdidas de producción debidas a la interrupción del suministro de energía eléctrica a los fabricantes de microchips en el parque industrial de alta tecnología de la ciudad de Hsin-Chu se estimaron en 320 millones de dólares.
10. Las subregiones a que se hace referencia en esta subsección son las que define el Banco Africano de Desarrollo: 1) África central (Burundi, Camerún, Chad, Congo, Gabón, Guinea Ecuatorial, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Rwanda y Santo Tomé y

Príncipe); 2) África oriental (Comoras, Djibouti, Eritrea, Etiopía, Kenya, Madagascar, Mauricio, República Unida de Tanzania, Seychelles, Somalia y Uganda); 3) África septentrional (Argelia, Egipto, Jamahiriya Árabe Libia, Marruecos, Mauritania, Sudán y Túnez); 4) África meridional (Angola, Botswana, Lesotho, Malawi, Mozambique, Namibia, Sudáfrica, Swazilandia, Zambia y Zimbabwe), y 5) África occidental (países CFA: Benin, Burkina Faso, Côte d'Ivoire, Guinea-Bissau, Malí, Níger, Senegal y Togo; países distintos de los de la zona CFA: Cabo Verde, Ghana, Guinea, Gambia, Nigeria, Liberia y Sierra Leona).

11. El petróleo en crudo representa más del 95% de los ingresos totales de exportación de Angola, Gabón, Guinea Ecuatorial y Nigeria, y es asimismo importante en Camerún, Congo y Côte d'Ivoire. Sudáfrica es el mayor productor mundial de oro, pero éste también ocupa un lugar importante en las exportaciones de Ghana, Guinea, Malí, Zimbabwe, y (cada vez más) en la República Unida de Tanzania. La Côte d'Ivoire es el mayor productor mundial de cacao, que también reviste importancia en Ghana. Mientras este producto es

el principal cultivo de exportación en el África occidental, el té predomina en las exportaciones de muchos países del África oriental y meridional. Después de Kenya, los mayores exportadores de té africanos son Malawi, la República Unida de Tanzania, Rwanda, Uganda y Zimbabwe. El café es importante en el África tanto oriental como occidental. La Côte d'Ivoire, Etiopía y Uganda son los tres mayores productores de café de la región, pero Burundi, Camerún, Kenya, Madagascar, la República Democrática del Congo, la República Unida de Tanzania, Rwanda y Togo son también exportadores apreciables.

12. Capital Flows and Growth in Africa (UNCTAD/GDS/MDPB/7), Nueva York y Ginebra, 2000.
13. Esta subsección está basada en Comisión Económica para Europa, Economic Survey of Europe 2000, N° 1, Nueva York y Ginebra, 2000 (publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E.00.II.E.12).
14. Albania, Bosnia y Herzegovina, Bulgaria, Croacia, la ex República Yugoslava de Macedonia, Rumania y Yugoslavia.